

Puesta en boca

¿Qué es un beso? ¿Un juego muscular de los labios o una caricia adorable, esa sublime embriaguez que produce una boca almibarada, como canta Verlaine en sus versos?

¡El beso! ¡Rosa trémula del jardín de las caricias!
Vivo acompañamiento sobre el teclado de los dientes,
Dulce estribillo que el Amor canta en los corazones ardientes...¹

¿No resulta sorprendente, al mismo tiempo que maravilloso, el hecho de que un simple contacto labial traduzca, con un realismo de tal intensidad, los más secretos movimientos de nuestra alma, nuestras sensaciones más esquivas, además de nuestros sentimientos, todos ellos de una diversidad y una variabilidad infinitas?

Ante todo, el beso es sensibilidad física: un contacto entre dos epidermis que tiene el don de hacer existir, de iluminar y de satisfacer la consciencia. Pone en relación el sabor del otro con la voluptuosidad. Pero este hecho táctil se debe entender, sin duda alguna, no sólo desde un sentido estricto, sino, también e igualmente, en sentido figurado. La sensibilidad del corazón se estremece después de esta clase de contacto, el cual, sin ser puramente simbólico, es un lenguaje muy elocuente. Al igual que las lágrimas, los gestos, los sus-

piros o los sollozos, el beso forma parte de una semiología sentimental, con una gama muy rica de matices que se presta a múltiples ambivalencias, menosprecios, malentendidos y confusiones.

No siempre se sabe con certeza si el beso se da o se acepta («Por Dios, señorita, no se enfade; si este beso la hace sentirse incómoda, devuélvame»). Si es ternura o es mordedura. Parece muy cierto que darlo requiere sensibilidad. Y, además, resulta verdaderamente paradójico el hecho de que este tipo de contacto material sea capaz de evocar un «tacto inmaterial» (Verlaine).

Los romanos solían distinguir entre tres clases de besos: los *oscula*, que eran los besos amistosos, los *basia*, besos propios del afecto y del amor, y, finalmente, los *suavia*, los besos característicos de la pasión carnal. Sin embargo, una categorización de semejante naturaleza se encuentra muy lejos de ser exhaustiva. Porque, a este respecto, se pueden señalar clases de besos como el de la madre, el del amante, el beso del amigo, el beso que se da o se recibe durante las ceremonias, los besos de saludo y de homenaje, y los besos que se distribuyen en el curso de diferentes tipos de juegos, además de una infinita variación de los mismos que va desde la indiferencia de un gesto mecánico hasta el abandono voluntario y recíproco, a la unión íntima (y tan íntima que quienes venden su cuerpo dicen siempre «yo no beso», dando a entender, por medio de tal expresión, que el beso es el lugar en el que se escenifica la comunicación más profunda, la más personal e íntima de todo el cuerpo). Se besa, asimismo, todo lo que es sagrado: el altar, la estola, las reliquias, las imágenes, el umbral de los templos, las rodillas para implorar algo (rodillas a las que se atribuye un misterioso poder y que Plinio explicaba por una especie de vacío que hay en ellas²). Se da un último beso a los muertos, se besa la mano del abuelo, se besa en vacaciones y se es besado hasta por los impostores. Cada beso es un mundo a explorar, a comprender y a saborear.

Antiguamente, besar podía llegar a ser sinónimo, en Francia, de «hacer una visita» (porque se solía besar a las personas en los encuentros de ese género). Madame de Sévigné escribía «Así que habéis besado a toda la Provenza», queriendo decir que alguien había recorrido la totalidad de dicha provincia. También se hablaba de «besuquear» refiriéndose a «ir de visita», utilizando la expresión «ser besado» para decir que alguien «había sido honorablemente recibido». Y, en un sentido todavía más anticuado que el precedente, besar podía significar «llegar», «venir» o «asistir». Henri Saint-Simon, por ejemplo, escribía: «Los del consejo de finanzas entraron allí sin saber aún si aquel asunto “besaría” o no a la oficina de dicho consejo». Del mismo modo, besar también puede significar «tocar ligeramente», «rozar» (el céfiro besa las flores, las olas del mar besan la orilla). Pero también puede llegar a tener un sentido mucho más intenso que el de un mero roce cuando se dice que el ciervo, perseguido por los cazadores, «besa el agua», lo que en este caso vendría a significar que el animal se lanza a un estanque.

Besar puede, asimismo, tener el sentido de «bendecir» cuando, por ejemplo, alguien «besa sus cadenas y ama su esclavitud». Por descontado, besar ha significado durante mucho tiempo «cumplimentar» («beso su mano» era una fórmula muy corriente bajo el Antiguo Régimen) y ello cuando no se trataba de demostrar la más completa sumisión. Por lo que se refiere a lo que se denominaba «besucón»... ¡mucho ojo, que puede inducir a confusiones! El mencionado término se utilizaba, también, para designar el lunar postizo que las señoras se colocaban en la comisura de los labios.

Aparte de otras expresiones, «besar a un renacuajo» era sinónimo de estar de plantón, dado que el término renacuajo servía también para designar la aldaba de una puerta, es decir, lo que se dedicaban a tocar los amantes, tanto de día como de noche, mientras se encontraban ante la puerta de la casa de su amada. Había, desde luego, una gran cantidad de variedades de besos: a la florentina, a la colombina, a lo dragón (un tanto brusca e insolente, por cierto, esta clase de besos), de pinza

(sujetando las dos mejillas del otro), etc. Más familiarmente aún se decían cosas como que se «besaba al babuino» o se «besaba el culo de la vieja». La del babuino era una figura que se solía pintar en los muros de los cuerpos de guardia de los cuarteles y los soldados que eran arrestados por cometer alguna falta debían besar el muro justo en el sitio en que se encontraba dicho babuino. Por lo que a «besar el culo a una vieja» se refiere, eso era algo que se decía de un jugador que perdía una partida sin haber logrado ganar ni un solo punto. En la Provenza se decía, con una mayor precisión incluso, «besar a la Fanny», expresión que Marcel Pagnol explicaba de la siguiente manera: «Cuando un equipo pierde sin marcar ni un solo punto, la costumbre exige que bese a Fanny con una cierta solemnidad. Para poder hacerlo, se llevaba un cuadro –obra de algún artista aficionado de la localidad– en el que estuviera representada la parte más carnosa de alguna criatura exuberante. Los vencidos tenían que arrodillarse y besar por todos lados, muy humildemente, aquellas nalgas tan abundantes y rotundas». Al parecer, la tal Fanny había existido realmente. Se apellidaba Dubuisson y vivía en la Croix-Rousse, en Lyon: una muchacha simplona (y de fuerte olor corporal) que siempre era el objeto de las bromas de todos los jugadores.

La expresión «besar el culo» fue puesta en circulación por Denis Diderot en su obra *El sobrino de Rameau*, un parásito muy original y de pensamiento excesivamente libre que exclamaba: «Entendámonos; está el besar el culo simple y llanamente, y el besar el culo en sentido figurado. Pedid al Gordo Bergier que bese el culo de Madame de La Marque, tanto en sentido estricto como figurado; y, a fe mía que, a tal respecto, me resultan igualmente desagradables lo simple y lo estricto como lo figurado». Un beso de semejante naturaleza podía expresar, de igual manera, tanto subordinación como adoración. Asimismo, una madre puede besar con fogosidad las nalgas de su hijo recién nacido. Por su parte las brujas, durante la celebración de sus misas negras, besan el culo del diablo en señal de sumisión (menos erótico, pero igualmente respetuoso era el beso

que un ser humano daba en los pies al diablo, sellando así un pacto mefistofélico con él). Hay, por cierto, miles de expresiones familiares que sirven para recorrer toda la posible gama de besos, desde «besuquearse» y «darse un pico» hasta «comerse» la boca o darse un «morreo»³.

Finalmente, *last but not least*, besar puede, en la actualidad, llegar a significar –muy familiarmente, eso sí– «hacer el amor». Es decir, ya no se trata sólo de *besar* [baiser], sino de *echar un polvo*, *follar* [baiser]. («Me han comentado que un polvo [baise] contigo, Antonio, es más espectacular que la propia Venecia. No sé qué mala pécora a la que te tiraste me estuvo hablando de tus faenas, y me tuve que cambiar de bragas de cómo me puse...» [san Antonio].) «Besar», en francés, por derivación más o menos comprensible de su habitual acepción sensual, podría significar también «engañar a alguien» en el sentido de «darle el pego», «dominarlo con malas artes» o «embaucarlo».

Queremos explorar a lo largo de las páginas que siguen a continuación los diversos sentidos, manifestaciones y expresiones que puede tener en la civilización occidental una actividad corporal como ésta, que es, a la vez, arcaica (el acto de llevar algo a la boca) y fuertemente cultural. Porque el gesto mismo de besar, en sus dimensiones tanto sociales como eróticas, es objeto, en la literatura y en las artes, de numerosas referencias en los textos y de puestas en escena pictóricas y esculturales que formulan, todas ellas, diferentes significados y enseñanzas. Y nos ha parecido muy interesante hacer una síntesis de todas esas dimensiones proteiformes que adoptan los besos en las relaciones sociales e individuales, además de interesarnos por sus diversas formas de expresión. Y, también, responder a esa pregunta tantas veces formulada: «¿Por qué el hecho de frotar simétricamente unos orificios privados de todo misterio y cuya función declarada es alimentaria y oral, siempre que no estén estropeados por la dentadura o la higiene, es susceptible de provocar el éxtasis en los amantes?»⁴.

El beso es un intercambio de saliva, sin duda, pero también de respiraciones y, más en particular, del aliento de la pareja («Abrázame, bésame, estréchame, / Aliento contra aliento, dale calor a mi vida», escribía Pierre de Ronsard). Pero, además de que como aliento también sea un símbolo de la vida misma, el beso es el lugar de encuentro entre Eros y Psique, entre el cuerpo y el alma. Edgar Morin, de quien es sabido que era un hombre muy interesado por el cine y sus estrellas, solía mencionar que «el beso en la boca no es solamente el sustituto cinematográfico de la unión entre dos cuerpos, prohibida por los censores; es, también, el encuentro entre Eros y Psique: en las mitologías antiguas, era en el aliento donde se encontraba la sede del alma; por otra parte, es precisamente en la boca donde se sitúa la primera sexualidad, ligada a la absorción y a la asimilación; el beso en la boca es un acto de doble consunción antropofágica, de absorción de la sustancia carnal y de intercambio de almas; es la comunión y comunicación entre la psique y el eros»⁵. Pero, además, la dimensión espiritual (que con tan gran talento se canta en la poesía petrarquista) y la dimensión material del beso (Cary Grant, el célebre actor de cine, que pasaba por ser un experto en esta práctica, no veía en un beso nada que fuera diferente a la «yuxtaposición anatómica de dos músculos orbiculares en estado de contracción») atraen sobremanera nuestra atención.

Al hacerlo, deseamos resaltar la enorme variedad que presenta el acto de besar, el cual puede adoptar múltiples formas, en primer lugar literarias: el pico, el besazo, el besito, el morreo; semánticas, después: del beso caníbal al beso como «alimento amoroso», del primer beso al último, del beso que fecunda y da la vida al que lleva a la muerte, de la promesa de un beso («entre cuatro ojos y cuatro labios») al beso del vampiro, de la comunión de los corazones al beso de Judas, del beso propio de la buena educación, la cortesía y la urbanidad (el besamanos) a los besos apasionados y abrasadores de los románticos, del beso mordisco (Baudelaire) al beso picotazo (*Peter Pan*, de James Barrie⁶), de los besos castos (como los de

Eugenia Grandet a su sobrino) al *cunnilingus* y la felación (prácticas, estas últimas, que se encuentran en el límite de lo que generalmente se entiende por beso). Al beso, por otra parte, no le faltan epítetos para calificar sus infinitas características. Así, decimos que un beso puede ser de amor, dulce, tierno, afectuoso, sabroso, voluptuoso, delicioso, maravilloso, encantador, ávido, enervante, ardiente, abrasador, exaltado, cálido, húmedo, lascivo, impúdico, casto, tímido, trémulo, furtivo, secreto, robado, clandestino, hechizante, rápido, vivo, prolongado, reiterado, frío, helado, forzado, pérfido, traidor, grosero, abrumador, repugnante, fétido, baboso, apasionado..., etc., etc. Porque «un beso atrae a otro», ¿no es así? Pero en todos sitios, y ya sea el beso fecundo o el mortífero, el acto de besar comporta, en sí mismo, el intercambio de un don⁷.

En este libro, pretendemos insistir en dos perspectivas fundamentales. En primer término, la de los rituales del beso como forma de entrar en contacto con alguien, de saludar, de demostrar respeto, sumisión o de juramentar. Se trata, en tal caso, de un acto ceremonial altamente simbólico y de un acto social. El beso es uno de esos «gestos», un tanto teatrales, que pueden asimilarse a esa especie de actos discursivos o enunciativos que, con tanta frecuencia, reemplazan a las palabras. Este lenguaje social, ya sea familiar, político o religioso, es, además –segundo aspecto importante del mismo–, un lenguaje privado en el cual la obtención del «favor último» oscila entre lo sensible y lo sexual. La inscripción del cuerpo en el discurso y la evocación de los órganos bucales –boca, labios, lengua, dientes– marcan la dimensión hedonista y sensitiva del beso. Pero también daremos detallada cuenta de las sensaciones, las imágenes y las metáforas que dan fe de los movimientos quinesésicos vinculados a los músculos y de las sensaciones que de ellos se derivan, así como de las múltiples sinestesias propias del beso. «Beso profundo. El aliento, la lengua, el sabor a melocotón, el aroma del heno», como escribió Philippe Sollers.

Asimismo, y a partir de ejemplos literarios y en algunas ocasiones pictóricos, hemos diseñado una pequeña fenomenología del beso, atrapado al vuelo en cualesquiera que fueran sus circunstancias: bajo la lluvia, en la oscuridad, a caballo, en secreto, rehusado, olvidado, conseguido a duras penas, robado o entre dos puertas. El beso se metamorfosea según los esquemas narrativos que lo incorporan. Y funciona como un eco que sirve para amplificar las situaciones novelescas. Pero siempre exaltando el cuerpo.